

estos últimos años. Y consigue su objetivo con notable aproximación: Wolfe tiene un sentido del humor bastante sarcástico, que aplica casi siempre a artistas, miembros de la izquierda liberal americana, jóvenes radicales y demás elementos contrarios al "establishment"; este último no suele ser muy atacado por él, porque Tom Wolfe es un escritor de derechas, de esa derecha vergonzante que no osa decir su nombre, y que puede pasar por "izquierda" ante quienes sólo se detengan en la brillante superficie de las cosas. Este libro suyo es muy aclaratorio en tal sentido: critica a los izquierdistas, a quienes se disfrazan de "proletarios" sin serlo, a los artistas y escritores americanos; y, al mismo tiempo, hace cantos al heroísmo de los pilotos de bombarderos americanos en Vietnam, y defiende la tesis de que en los Estados Unidos la libertad de expresión es total. Todo esto, sin la menor profundidad de análisis para poder hacernos tragar mejor la cosa, basándose en la pura anécdota. La nube que envolvía al "nuevo periodista", haciéndole pasar por un tipo liberal, se desgarró. Si en los EE. UU. hubiese una UGD, Wolf sería su periodista oficial.

Otro de los factores que me hacen desagradable a Wolfe —y, sobre todo, al Wolfe autor de este libro— es su pedantería; su manía de citar por citar. De citar a filósofos tan desprestigiados aquí como Ortega y Spengler, que, sin embargo, en América están ahora muy de moda. O de citar a Freud a destiempo, sin que venga a cuento para nada. Esto resta agilidad a su prosa, por otra parte brillante, y no le añade ningún valor de erudición o profundidad. Y es precisamente esa ignorancia de pedante, esa ingenuidad de nuevo rico de la cultura, la que ha dado pie a la creación de una escuela artificial que responde al nombre de "nuevo periodismo".

Por otra parte, no todo es malo en este libro de Tom Wolfe, como no todo es malo en ninguno de los suyos: tiene un humor bastante ácido, cierta lucidez crítica en alguno de sus planteamientos y, sobre todo, bastante capacidad para divertir al lector. Para divertirlo tanto que, a veces, le hace comulgar con ruedas de molino. ■ EDUARDO HARO IBARS.



MUSICA

El penúltimo de los "cinco grandes"

GERSHWIN fue el primero en morir, en 1937. Le siguió Jerome Kern, siete años más tarde; bastante después, en el 64, lo haría Cole Porter. Ahora, con la muerte de Richard Rodgers al terminar 1979, sólo queda de los "cinco grandes" Irving Berlin, un señor tan viejecito que muchos de mis colegas llevan años hablando de él en pasado, como enterrándole por despista.

El nombre de Richard Rodgers puede que no diga mucho así, solo, por lo cual me apresuro a contarles que éste es el Rodgers de

Rodgers y Hammerstein, y También el de Rodgers y Hart. Su primera canción "oficial", es decir, con copyright y todo lo demás, data de 1919; por supuesto, no es realmente la primera, que diversas leyendas retrasan hasta 1914, cuando la criatura tenía doce años. Sesenta y tantos años después, en ese 1979 que por poco no le ve morir, estrenaba su última obra, un fracaso de crítica —no tanto de público—, con Liv Ullman como cabecera de reparto.

Entre todas esas fechas hay una trayectoria profesional imposible de condensar en dos o tres títulos. En cuanto a canciones, porque si citamos "Blue Moon" o "My Funny Valentine" nos dejamos "The Lady is a Tramp", y todavía no hemos llegado a la mitad de su carrera; en musicales completos, porque si

empezamos en "Oklahoma" y seguimos por "South Pacific" y "El rey y yo", hasta ese "The Sound of Music" con el que la mayoría de los tratadistas le ponen punto final, nos habremos dejado atrás del todo cosas como "Pal Joey", por citar nada más que una.

Richard Rodgers fue además un buen chico. Sacó adelante a un personaje tan difícil como Lorenz Hart, quien sólo gracias a él pudo llegar a ser el mejor letrista de todos, y aun así terminó por echarse a perder, cosa a la que estaba irremediablemente destinado. Casi a continuación, Rodgers hizo salir de las profundidades a Oscar Hammerstein II, que había sido famoso —hizo, con Kern, "Show Boat"—, pero por el que nadie daba ya un céntimo. Por lo demás, un buen puñado de actores le tiene que estar agradecido, y Yul Brynner, por ejemplo, le debe todo lo que es.

Sin las composiciones de Richard Rodgers, la música ligera no tendría nada que ver con la que hoy escuchamos; el jazz tendría un repertorio infinitamente más pobre, y su vanguardia, un himno seguramente más feo que "My Favorite Things". Con todo esto, y a sabiendas de que intentó composiciones serias, metió por primera vez un ballet dramático en un musical de Broadway y acabó por revolucionar el género entero; lo principal de Richard Rodgers es que la inmensa mayoría de su obra la forman canciones. Pero qué canciones, oigan: cientos y cientos y todas igual de buenas. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Richard Rogers y, detrás de él, Oscar Hammerstein II.

